

der. Principalmente, la posibilidad de que la facultad de controlar la conducta devenga en abuso. Aunque Skinner piensa que el poder implícito en la ciencia del control de la conducta puede autolimitarse, admite la posibilidad de que se le use para fines ominosos, lo que sí es verdaderamente alarmante, en vista de lo asequible que resultaría. Rogers hace un mayor hincapié en este punto y Krasner ofrece, además, algunas medidas prácticas, aunque temporales, que pueden ser tomadas inmediatamente por los científicos que participan en la tarea del control de la conducta.

Skinner afirma que el público se muestra propenso a hermanar el control científico de la conducta con el maquiavelismo y otras técnicas aversivas de control conocidas desde hace muchos años. El clamor desaprobatorio que trajo consigo el

PARTE 4. Cap. 13. Consecuencias del

lavado cerebral lo ilustra perfectamente. Muchos ven en las celdas de lavado cerebral la meta final del control "psicológico" de la conducta. Sin embargo, como Farber, Harlow y West señalan, los efectos misteriosos del lavado cerebral pueden ser transferidos a los resultados familiares que la confinación, la falta de comodidad física o el dolor producen. Estas medidas aversivas no son nuevas y tienen poco en común con las técnicas propuestas por los científicos conductuales del tipo de Skinner y sus colegas.

En resumen, suponemos que el control científico de la conducta se fijará a sí mismo sus propios fines y límites, y advertimos, por último, que la experiencia pasada con el control aversivo, tiene poco en común con las técnicas y propósitos que en este volumen se dan a conocer.

SIMPOSIO ALGUNOS PROBLEMAS QUE SURGEN DEL CONTROL DE LA CONDUCTA HUMANA

CARL R. ROGERS Y B. F. SKINNER

Publicado en *Science*, 1956, 124,
1057-1066.

1. SKINNER

La ciencia es cada vez más poderosa para influir, cambiar, modelar —en una palabra, controlar— la conducta humana. Nuestra "comprensión" (no importa cuál pueda ser) se ha extendido, en tal medida, que podemos relacionarnos más adecuadamente con las personas de una manera no científica; sin embargo, también se han llegado a identificar las condiciones o las variables para predecir y controlar la conducta, mediante una nueva y cada vez más rigurosa tecnología. Las disciplinas económicas y administrativas ofrecen buenos ejemplos de esto, no obstante, resultan más convincentes las contribuciones de la antropología, la sociología y la psicología, que se relacionan con la conducta individual. En un escrito reciente, Carl Rogers ha enumerado algunos de los logros que se han alcanzado hasta la fecha (1956). Entre sus ejemplos, todos aquellos que implican o demuestran el control que se puede ejercer sobre un solo organismo se deben, principalmente, como podríamos haberlo esperado, a la psicología. Es el estudio experimental de la conducta el que nos lleva más allá del tanteo, o de los "principios" o "factores" inaccesibles, hasta las variables que pueden manipularse directamente.

También, y por casi las mismas razones, está surgiendo de ese análisis experimental una concepción de la conducta humana que desafía, en forma directa, a los puntos de vista tradicionales. Los mismos psicólogos parece que muchas veces no son conscientes de cuán lejos han avanzado en esta vía. Sin embargo, el cambio no ha pasado inadvertido para otros. Hasta muy recientemente, se acostumbraba negar las posibilidades de que existiera una ciencia rigurosa de la conducta humana. Se argüía que la legalidad de la ciencia no se podía alcanzar en el estudio del hombre, debido a que el ser humano era libre. También se aseguraba que predicciones meramente estadísticas siempre dejan lugar a la libertad personal. No obstante, todos aquellos que en un principio adaptaron sus puntos de vista a esa posición claman cada vez alto al expresar su alarma, después de haber observado cómo poco a poco se han ido allanando los obstáculos.

El control de la conducta humana ha sido siempre muy impopular. Cualquier esfuerzo ostensible de control despierta, usualmente, reacciones emocionales. No nos gusta admitir que ejercemos o somos sujetos de control, y no somos sinceros ni para con nosotros mismos. Nos oponemos

al control, aunque de él obtengamos beneficios, simplemente por miedo a la crítica. Quienes han manifestado abiertamente su interés por el control han sido tratados de una manera muy dura por la historia. Lo que Macaulay dijo alguna vez de Maquiavelo resulta oportuno a nuestro caso: "de su apellido se acuñó un epíteto para los pícaros y de su nombre cristiano un sinónimo de demonio". Las razones de este rechazo parecen obvias. El control que Maquiavelo analizó y recomendó, como la mayor parte del control político, se logra a través de técnicas que resultan aversivas para los controlados. Las amenazas y los castigos de los bravucones, al igual que las de los gobiernos que actúan a la manera de éstos, no están diseñadas —no importa que tengan éxito o no— para hacerse admirar por los controlados. Incluso en aquellos casos en que las técnicas no son aversivas, el control se utiliza habitualmente con propósitos egoístas, dañando, indirectamente, a otros.

Esa natural inclinación del hombre, que le hace oponerse al control egoísta ha sido explotada convenientemente por lo que nosotros llamamos la filosofía y la literatura de la democracia. La doctrina de los derechos del hombre ha sido capaz de despertar en los individuos acciones concertadas contra la tiranía gubernamental y religiosa. La literatura surgida de estas acciones ha extendido el número de términos que existen en nuestro lenguaje, para expresar la reacción en contra del control de los hombres; pero la ubicuidad y la sencillez con que se expresan estas actitudes constituyen un serio obstáculo para cualquier ciencia que pueda originar una poderosa tecnología de la conducta. Los hombres y las mujeres inteligentes, que están dominados por la filosofía humanista de los dos últimos siglos, no pueden ver con ecuanimidad lo que Andrew Hacker ha llamado "el espectro del hombre predecible" (1954). Incluso, la predicción estadística o actuaria de los acontecimientos humanos, por ejemplo, el número de accidentes mortales que puede esperarse que ocurran en un fin de semana perturba a muchas personas, que ven en ello algo demoníaco y pavoroso. La previsión y el control de la conducta humana individual es entonces vista como un trabajo del demonio. No me interesan en este momento las consecuencias políticas y económicas de la psicología, aunque la investigación que sigue ciertos caminos puede muy bien dar lugar a efectos nocivos. Lo que me preocupa es que nosotros mismos, como hombres y mujeres inteligentes y como exponentes del pensamiento occidental, compartimos algunas de esas actitudes que han interferido con el libre ejercicio del análisis científico y cuya influencia amenaza con extenderse alcanzando graves proporciones.

Tres amplias áreas de la conducta humana son fuente de excelentes ejemplos. El primero de estos —*el control personal*— incluye las relaciones de persona a persona en la familia, en los grupos sociales y en el trabajo, así como el asesoramiento y la psicoterapia. La *educación* y el *gobierno* constituyen otros dos campos en los que puede ejercerse el control. Algunas muestras de cada uno de ellos harán ver de qué manera las preconcepciones anticientíficas afectan nuestro criterio actual sobre la conducta humana.

Control personal

Los miembros de todo grupo social se controlan entre sí, mediante una técnica que en forma inapropiada recibe la denominación de "ética". Cuando un individuo se comporta de una manera aceptable para el grupo, recibe aprobación, admiración, afecto y muchos otros reforzamientos de parte de sus congéneres, lo que aumenta la probabilidad de que siga comportándose de ese modo. Cuando la conducta que manifiesta no es aceptable, es criticado, censurado, avergonzado o castigado. En el primer caso, el grupo le llama "bueno"; en el segundo, lo tacha de "malo". Esta práctica está tan fuertemente arraigada en nuestra cultura que las más de las veces nos vemos imposibilitados a considerarla como una técnica de control. No obstante, no hay momento en el que no estemos comprometidos en esa clase de control, aun cuando en ciertas ocasiones los reforzamientos y los castigos empleados sean de un carácter muy sutil.

La práctica de la admiración constituye una de las partes más importantes de una cultura, pues la conducta que en otra forma se debilitaría es, gracias a la admiración, mantenida y aumentada. Al individuo le agrada ser apreciado, admirado y amado cuando arrostra un gran peligro en bien del grupo, por ejemplo, cuando se sacrifica así mismo, arriesga sus posesiones, se somete a prolongadas privaciones o, finalmente, cuando sufre un martirio. Estas acciones no son admirables en un sentido absoluto, sino que más bien requieren de la admiración para ser fortalecidas. Igualmente admiramos a quienes se comportan en forma original o excepcional, no porque esas conductas sean en sí mismas admirables, sino porque no sabemos cómo alentar de otra manera la conducta original y la excepcional. La conducta independiente es aclamada por el grupo, porque es más fácil reforzar que ayudar.

En la medida en que esta técnica de control se malinterprete o sea, en el grado en el que no se le considere como lo que realmente es, nos veremos imposibilitados a juzgar con certeza un ambiente en el que no haga falta el heroísmo, las privaciones o la acción independiente. Si llegáramos a conocer uno de esos ambientes estaríamos muy dispuestos a argüir que no merecen admiración de nuestra parte, indicando que producen personas que, por comportarse casi como autómatas, no dan lugar a merecer ningún reconocimiento. Hace mucho tiempo los jóvenes estudiantes vivían, muy a menudo, en verdaderos cuchitriles, comían un alimento inadecuado y poco apetitoso y realizaban trabajos impropios para subsistir o para tener con qué pagar sus libros, y en general, todos sus materiales de estudio. Los estudiantes más viejos, así como otros miembros del grupo social, les ofrecían un reforzamiento de carácter compensador, en la forma de aprobación o de admiración por esas privaciones. Cuando vemos que los estudiantes de nuestra época reciben una beca generosa, viven en condiciones agradables, se les proporcionan subsidios para que realicen sus investigaciones y publicaciones, nos encontramos con que han sido trastornadas las bases para la evaluación de su conducta. Nuestros estudiantes ya no necesitan ser admirados porque han logrado

vencer una serie de obstáculos (no importa lo que ahora necesiten en otras áreas). Ante las nuevas condiciones, es casi seguro que lleguemos a la conclusión de que son menos admirables. Los obstáculos inseparables del trabajo escolar pueden servir como una útil medida de la motivación —y quizá nosotros vayamos por mal camino si no encontramos un sustituto—; pero, no obstante, no podemos decir que sea necesario tratar al estudiante en forma deliberadamente hostil para, de ese modo, motivarlo. Para evaluar adecuadamente un conjunto de condiciones, debemos desembarazarnos de una serie de actitudes que los miembros de un grupo ético nos han impuesto.

Una dificultad similar a la que hemos comentado surge cuando se censura o se avergüenza con fines de castigo. El concepto de responsabilidad y las nociones relacionadas de predicción y elección se aplican para justificar las técnicas de control basadas en el castigo. ¿La elección de fulano de tal fue deliberada? ¿Puede entonces decirse que se percató de sus probables consecuencias? Si es así, tenemos, pues, una justificación para castigarlo. ¿Pero qué significado tienen tales afirmaciones? El problema al que nos enfrentamos en estos casos se refiere a la eficacia de las relaciones contingentes, establecidas entre la conducta y las consecuencias punitivas. Castigamos una conducta porque es objetable por el grupo; pero atendiendo a un refinamiento menor, de origen más bien reciente, nos rehusamos a castigar cuando nos damos cuenta de que no vamos a producir efecto alguno. Si las consecuencias objetables de un acto fueron accidentales y es improbable que vuelvan a ocurrir, tampoco castigamos. Decimos en esos casos que el individuo no fue "consciente de las consecuencias de su acción", o que las consecuencias no tuvieron un carácter "intencional". En aquellas situaciones en las que la acción no puede ser evitada —o sea cuando el individuo no tiene posibilidad de "elegir"— también se retira el castigo, ya que en esas ocasiones éste es incapaz de cambiar la conducta, pues la "mente" del individuo se encuentra "enferma". No importan las diferencias propias de estos casos, el hecho es que, al considerar que el individuo "no es responsable", se le exime del castigo que en otras circunstancias hubiera recibido.

Así como decimos que es impropio castigar a un hombre por algo que no hizo, también señalamos que es "inadecuado" recompensarlo por alguna cosa que no realizó, y también excederse en las gratificaciones que se le otorgan. En otras palabras, objetamos el derecho de los *reforzadores* cuando no hacen falta o resulta inapropiado el hacerlo. En relación con las palabras *justo y correcto* pensamos que no es correcto castigar al irresponsable y que tampoco es justo reforzar a quien no ha ganado o no merece los reforzamientos. Podemos ver entonces que los conceptos de elección, responsabilidad, justicia y tantos otros más, proporcionan un análisis muy inadecuado de las contingencias eficaces de reforzamiento y castigo en virtud de que tiene una pesada carga semántica que oscurece cualquier intento por clarificar las prácticas de control o por mejorar las técnicas. En particular, esa jerigonza nos impide prepararnos para utilizar otras técnicas que no estén basadas en los medios aversivos de con-

trol. Habría muchos que impugnarian que se obligara a los prisioneros a participar como sujetos en experimentos médicos de índole peligrosa; sin embargo, pocos se opondrían a que fueran inducidos a servir a los mismos fines, si para ello se les ofrece en compensación ciertos privilegios —incluso en aquellas condiciones en las que los efectos reforzantes de estos privilegios hayan sido creados por una privación violenta. En el esquema tradicional, el derecho a oponerse da garantías al individuo contra la coerción; se supone que de ese modo se le resguarda defendiéndole para que no establezca convenios inadecuados o no se comprometa en negocios inconvenientes. Pero, preguntáramos, ¿en qué grado *puede* oponerse un prisionero?

No necesitamos ir más lejos para llegar a lo que deseamos. Podemos observar nuestra propia actitud hacia la libertad personal, cuando nos sentimos resentidos porque se ha interferido con algo que deseábamos hacer. Supongamos que queremos comprar un coche de un tipo especial. Si nuestra esposa nos dice que compremos un modelo menos caro y que la diferencia la dediquemos a la adquisición de un nuevo refrigerador, es posible que rechazemos la idea. Igualmente nos sentiríamos resentidos, si nuestros vecinos dudaran de la necesidad que tenemos de poseer ese automóvil o de las posibilidades que tengamos para pagarlo. Ciertamente nos sentiríamos resentidos si fuera ilegal la adquisición de esa clase de automóviles (recuérdese la época de la prohibición); y si sucediera que cayéramos en la cuenta de que no tenemos suficientes recursos para comprar ese coche, entonces nos sentiríamos agraviados por el control gubernamental que se ejerce sobre el precio de dicho automóvil, ya que consideraríamos que tal precio había sido elevado excesivamente por los impuestos que lo gravaran. Nos sentiríamos igualmente resentidos si descubriéramos que no podemos comprar el coche porque el fabricante está construyendo, deliberadamente, un número muy reducido de automóviles de ese modelo con el fin de obligarnos a comprar otro tipo de vehículo. En todo esto, lo que defendemos son nuestros derechos democráticos a comprar el coche que hemos elegido. Preparados como estábamos para adquirirlo resentimos cualquier restricción que se haga a nuestra libertad.

Pero, ¿por qué no nos preguntamos *cuál* fue la razón por la que elegimos precisamente ese automóvil y no nos sentimos agraviados por las fuerzas que nos llevaron a tomar esa decisión? Tal vez, cuando éramos niños, nuestro juguete favorito fue un automóvil de un modelo muy diferente pero de la misma marca del que ahora deseamos. Es posible que nuestro programa favorito de televisión esté patrocinado por el fabricante de esa marca de coche. Quizá hemos visto alguna película en la que aparecen muchas personas de gran prestigio o de gran belleza manejando esa clase de vehículos, en lugares muy agradables y atrayentes. Es probable que el coche se haya diseñado tomando en cuenta nuestras estructuras motivacionales: la tapa del motor es un símbolo fálico, o los caballos de fuerza que tiene han sido aumentados para complacer nuestro espíritu competitivo y permitirnos rebasar rápidamente a otros automóviles (o, como dicen los anuncios, pasar a los demás coches con "seguri-

dad"). El concepto de libertad ha surgido como una parte de nuestras prácticas culturales. En nuestro grupo se nos dan muy pocas oportunidades para reconocer los tipos de control que sobre nosotros se ejercen. Conceptos como los de "responsabilidad" y "derechos" son raramente aplicables. Estamos preparados para enfrentarnos a las medidas coercitivas, pero la tradición no nos ha proporcionado recurso alguno para encararnos con otras medidas, las cuales pueden ser (especialmente si cuentan con la ayuda de la ciencia) mucho más energías y peligrosas que las de franca coacción.

Educación

Hubo un tiempo en que las técnicas educativas fueron francamente aversivas. El maestro, que las más de las veces era el de mayor edad y el de mayor fuerza entre todos sus discípulos, estaba consagrado a "hacerlos aprender". Esto significaba que los alumnos no eran verdaderamente enseñados, sino que más bien se les rodeaba de un mundo amenazante, del cual solo podían escapar aprendiendo. La mayoría de las veces eran abandonados a sus propios recursos para que descubrieran por sí solos la forma en que iban a aprender. Claude Coleman ha publicado una torva y divertida remembranza de estas viejas prácticas (1953). Nos habla, por ejemplo, de un maestro de escuela que publicó un cuidadoso informe de los servicios que prestó a lo largo de 51 años de enseñanza. Durante ese tiempo administró: "... 911 527 azotainas con un bastón; 124 010 con un palo; 20 989 con una regla; 136 715 con la mano; 10 295 sobre la boca; 7 905 golpes sobre el oído; y 1 115 800 sopapos en la cabeza..."

La educación progresista fue un esfuerzo humanitario para sustituir esas medidas aversivas por un reforzamiento de calidad positiva; pero la búsqueda de valores humanos, útiles dentro del salón de clase, nunca ha reemplazado totalmente a las variables eliminadas. Si la educación se ve como una rama de la tecnología conductual, se observará que sigue siendo, relativamente, ineficaz. Admiramos a los alumnos que aprenden *por sí mismos*. Atribuimos los procesos del aprendizaje o el conocimiento a algo que está *dentro* del individuo. Alabamos la conducta que parece tener fuentes internas. De esta manera, recibe un mayor reconocimiento quien *recita* una respuesta que quien *conoce la forma de encontrarla*. Admiramos más al *escritor* que al *lector*. Admiramos a quien resuelve mentalmente un problema aritmético y desdeñamos a quien utiliza una regla de cálculo o una sumadora eléctrica. Admiramos más al que sigue caminos "originales", que a quien resuelve los problemas mediante una aplicación estricta de las reglas. En general, sentimos que cualquier ayuda o "muleta" —excepto aquellas a las que nos estamos ahora acostumbrados— reduce el crédito que se le debe dar a una persona. Con nuestra práctica de la admiración, lo único que hacemos es justificar las fallas educativas. En el *Fedro* de Platón, el rey Tamuz ataca el invento del alfabeto apoyándose en bases similares. El rey se encontraba verdaderamente espantado porque el alfabeto "producirá el olvido en las almas que

lo conozcan, pues les hará despreciar la memoria, al fiarse de ese recurso extraño..."^o En otras palabras, el rey sostiene que es más admirable recordar que utilizar un memorándum. También se opone a que los alumnos vayan a aprender muchas cosas sin maestro porque "creerán que son muy sabios, careciendo en general de juicio y serán, además, insopportables, pues no serán hombres instruidos sino simulacros de hombres instruidos".^{**} Del mismo modo y siguiendo iguales puntos de vista, desdeñamos hoy en día los libros de aprendizaje; sin embargo, si verdaderamente somos educadores es muy difícil que lleguemos a adoptar estos puntos de vista sin serias reservas.

Si seguimos admirando al estudiante por su conocimiento y avergonzándole por su ignorancia, eludimos la responsabilidad que tenemos de enseñarle. Nos oponemos a cualquier análisis de los procesos educativos en el que se vea amenazada la noción de sabiduría interior o en el que se dude de que la ignorancia del estudiante reside dentro de él mismo y en virtud de causas internas. Las técnicas más poderosas para producir un cambio en la conducta mediante la manipulación de variables *externas* reciben una acre censura o son, generalmente, vituperadas, tildándolas de lavado cerebral o de control del pensamiento. Estamos poco preparados para juzgar adecuadamente las medidas educativas que en realidad son *eficaces*. Mientras solamente unos pocos alumnos aprenden las enseñanzas que se les imparten nos sentiremos despreocupados por la uniformidad o por la regimentación. Las técnicas débiles no nos espantan; pero veríamos con gran alarma un sistema bajo el cual todos los estudiantes aprendieran cualquier cosa que se les enseñara (esa posibilidad no es de ninguna manera remota). De igual modo, no tenemos un sistema cuyos defectos sean tantos que el estudiante se vea obligado a *trabajar* para lograr su propia educación; de ahí nuestra renuencia a dar crédito a todo aquello que es aprendido sin esfuerzo —aunque esto podría ser considerado como un resultado verdaderamente óptimo de la educación. Categóricamente, nos negamos a dar crédito a un estudiante, cuando ya sabe lo que el maestro le enseña.

Un mundo en el que las personas sean sabias y buenas, sin realmente procurarlo, sin "tener que hacer nada", sin haber hecho una "elección", podría ser un mundo efectivamente mejor que cualquier otro; y en él, no tendríamos "que dar crédito a alguien", ni necesitaríamos admirarlo por ser sabio o por ser bueno. Pero sobre la base de nuestras preconcepciones, ¿cómo podemos creer que dicho mundo sería admirable? Incluso nos encontramos tan condicionados que ni siquiera nos permitimos imaginarnos que en ese mundo sí nos gustaría vivir.

Gobierno

El gobierno ha sido siempre el campo particular del control aversivo. El Estado se define frecuentemente en términos de poder para castigar; y la jurisprudencia se apoya, principalmente, en la noción de responsa-

^o Platón, *Diálogos*, Editorial Exito, Barcelona, 1962, pág. 244.

^{**} *Ibidem* página 245.

bilidad personal. No obstante, es cada vez más difícil conciliar las teorías y las prácticas reales con estos enfoques básicos. En criminología, por ejemplo, hay una fuerte tendencia a sustituir la noción de responsabilidad por alguna alternativa como la de capacidad o la de posibilidad de control. Pero no importa cuán imperativos sean los hechos, ni tampoco qué tan convenientes pudieran ser los cambios; es difícil implantar modificaciones dentro de un sistema legal diseñado de acuerdo con un plan diferente; pues, en el momento en que los gobiernos recurrieran a otras técnicas (por ejemplo, las de reforzamiento positivo), el concepto de responsabilidad dejaría de ser importante y la teoría de gobierno, actual, perdería su aplicabilidad.

El conflicto es ilustrado perfectamente por dos decisiones de la Suprema Corte de Justicia que fueron tomadas en 1930, con respecto a la definición de control o de coerción (Freund y otros, 1954, pág. 233). El Acta de regulación de la agricultura propone que el Secretario de Agricultura otorgue "rentas o pagos de beneficio" a aquellos labradores que estén de acuerdo en reducir la producción. El gobierno aceptó que esta acta podría haber sido anticonstitucional siempre y cuando se hubiera obligado al labrador a reducir su producción; pero como escuetamente se le invitó a hacerlo, no tenía ese carácter. El juez Roberts expresó el punto de vista de la mayoría en la corte, afirmando: "... el poder para conferir o para retirar beneficios ilimitados es el poder de coaccionar o de destruir". Este reconocimiento del reforzamiento positivo fue retirado pocos años después, en otro caso en el cual el juez Cardozo (Freund y otros, 1954, pág. 244) escribió que "sustentar que el motivo o la tentación es equivalente a la coerción significa hundir la ley en dificultades sin fin". La proposición tal vez sea incorrecta, pero a pesar de eso podemos estar de acuerdo con este magistrado. Tarde o temprano, la ley deberá estar preparada para tomar en cuenta todas las posibles técnicas de control gubernamental.

La inquietud que nos causa un gobierno (en el más amplio sentido posible) que no utiliza el castigo se patentiza por la acogida que recibió mi novela de naturaleza utópica *Walden Two* (Skinner, 1948b). En dicha obra, lo que se pretende es mostrar cómo se puede aplicar la tecnología de la conducta a la construcción de una estructura gubernamental productiva, eficiente y practicable. Mi novela recibió una violenta bienvenida. La revista *Life* la llamó "una parodia de la buena vida" y "una amenaza... un triunfo de la muerte o de la insensibilidad que desde los tiempos de Esparta no se veía... representa el menosprecio del hombre, la corrupción de un impulso". Joseph Wood Krutch dedicó una considerable parte de su libro, *The Measure of Man* (1954) a atacar mis puntos de vista y los del protagonista de la obra. Frazier y Morris Viteles han criticado recientemente el libro en una forma similar en *Science* (1955). Y tal vez la mejor expresión de estas reacciones aparecen en la obra *The Quest for Utopia* por Negley y Patrick (1952):

"A la mitad de esta utopía contemporánea, el lector puede hacerse la ilusión, nosotros ciertamente la tuvimos, de que se trata de una sátira

irónica de lo que se ha llamado «ingeniería conductual». Pero, en tanto va alargándose nuestra estancia en ese mundo mejor del psicólogo, va uno dándose cuenta de que la inspiración que anima al libro no es satírica, sino mesiánica. Estamos, verdaderamente, en la sociedad construida por el ingeniero conductual y, a pesar de que esperábamos que tarde o temprano los principios del condicionamiento psicológico iban a utilizarse para la construcción de una utopía —Brown se anticipó en *Limanora*—, ni siquiera la sátira de Huxley resultó ser una preparación adecuada para evitarnos el choque, el espantoso horror que nos causó la idea, cuando por primera vez se nos presentó de un modo positivo. De todas las dictaduras defendidas por los utopistas, ésta es la más abismal. Los dictadores incipientes podrían encontrar en esa utopía un libro de cabecera para su práctica política."

Al leer esos comentarios, cuesta trabajo pensar que sus autores están refiriéndose a un mundo en el que hay ropa, sustento y refugio para todos; donde cualquiera elige su propio trabajo, laborando un promedio de 4 horas al día; en donde la música y el arte florecen; donde las relaciones personales se desarrollan bajo las circunstancias más favorables; donde la educación prepara a todos los niños para la vida social e intelectual; donde, en resumen, las personas son verdaderamente felices, confiadas, productivas, creadoras y tienen ansias de superación. ¿Qué tiene todo esto de malo? Solo una cosa: "alguien lo planeó así". Si estas críticas vieran de una sociedad que, en algún punto remoto del mundo, blasonara la posesión de similares ventajas, constituirían, indudablemente, una advertencia que se nos haría en relación con una estructura a la que quizá fuera posible que llegáramos como resultado de un proceso natural de evolución cultural. Pero cualquier evidencia de que la planeación inteligente pudiera haberse utilizado para llegar a esa versión de la nueva vida, sería, a ojos de quienes la juzgaran, una seria imperfección. Para los críticos, no tiene la menor importancia que quien planeó *Walden Two* no distraiga para su propio uso o provecho personal ninguna de las ganancias de la comunidad; tampoco les interesa que el creador de esa sociedad utópica no ejerza en realidad ningún control, y sea un ser desconocido para la mayor parte de los miembros de la comunidad. Lo que les impresiona, a fin de cuentas, es que haya alguien que planeó esa sociedad, motivo por el cual todo lo demás queda relegado. Para el niño de la tradición democrática este es un serio defecto.

Los peligros inherentes al control de la conducta humana son muy reales. La posibilidad de un mal uso del conocimiento científico debe ser encarada. No podemos escaparnos negando el poder que tiene la ciencia de la conducta; tampoco podemos eludir el problema mediante el simple expediente de detener su desarrollo. Carece de sentido aferrarse a las filosofías domésticas cuya visualización de la conducta parece ser más confortante. Como lo he señalado en otro lugar (Skinner, 1955), las nuevas técnicas que están emergiendo de la ciencia de la conducta necesitan sujetarse a un contra-control de naturaleza totalmente opuesta. Ese contra-control ya ha sido aplicado, al principio, si se quiere, en una forma muy

burda. Por ejemplo, la fuerza bruta y el fraude han sido suprimidos gracias a las prácticas éticas y a la acción de los agentes gubernamentales o religiosos. Aunque no podemos decir cuán desviado pueda ser el curso de su evolución, el patrón cultural del control y del contra-control se irá moldeando poco a poco. Con el tiempo irá recibiendo un apoyo cada vez mayor; y todo ello a consecuencia de que su puesta en marcha resultará ser más reforzante para la sociedad.

No podemos en verdad prever todos los detalles de esa evolución (y obviamente no es posible que lo hagamos), aunque vale la pena recordar que los críticos de la ciencia se encuentran en igual condición. Las consecuencias nefastas de las técnicas de control, la amenaza oculta en el diseño original de culturas, necesitan probarse. Muy a menudo desdeñamos la necesidad de tener que comprobar todas las cosas; pero el hombre se ha acomodado a las cosas preestablecidas y, gracias a ello, vive sin riesgos. Es difícil suponer que dejará de comportarse de esa manera. Sin embargo, estamos ante posibilidades en las que campea un mayor optimismo. Los métodos científicos, en su lento crecimiento, han llegado a un punto en el que por primera vez nos enfrentan a la posibilidad de ser aplicados a los asuntos humanos. Es factible que esta oportunidad que se nos brinda de aplicar la ciencia a la vida de las sociedades constituya una nueva y entusiasta fase de la existencia humana a la que no podrán aplicarse las analogías históricas y para la cual no servirán las vetustas consignas políticas. Si recurrimos al conocimiento que la ciencia de la conducta pone a nuestra disposición y si deseamos tener cierto éxito, debemos considerar la naturaleza humana precisamente en la forma en que se le concibe en la esfera de la ciencia, y no como una larga serie de accidentes históricos.

Si el advenimiento de una poderosa ciencia de la conducta provoca problemas, estos no se deberán a la ciencia misma, pues la ciencia no se opone a la seguridad humana. La dificultad provendrá de las viejas concepciones que no se dejarán eclipsar buenamente y opondrán resistencia al cambio. Quienes se hallan profundamente sumergidos en las viejas creencias se levantarán en contra de las nuevas técnicas; pero no existe ninguna razón para que nosotros los ayudemos a preservar una serie de supuestos que, en sí mismos, no constituyen ningún fin, sino que más bien son los medios ya superados de alcanzar una meta. Lo que hace falta en la actualidad es una concepción de la conducta humana, nueva y distinta, compatible con las implicaciones del análisis científico. Todos los hombres controlan y son controlados. El problema a que se enfrenta un gobierno, en su sentido más amplio, no consiste en cómo se debe preservar la libertad sino, en realidad, en los tipos de control que debe utilizar y en los fines que debe buscar. Es necesario analizar el control y observarlo en sus justas proporciones. Estoy seguro de que no hay nadie que desee el desarrollo de una nueva relación de amo-esclavo, ni que pretenda domoñar la voluntad de las personas haciéndolas que se inclinen ante nuevos déspotas. Estas burdas formas de control surgen sólo en un mundo en el que no existe la ciencia; y por ello serán las

primeras en concluir, cuando el análisis experimental de la conducta lleve a cabo su propio diseño de las prácticas culturales.

II. ROGERS

Este importante tópico abarca muchos puntos. Los autores de este artículo, y probablemente la mayoría de los psicólogos, están de acuerdo con algunos de ellos. Como esos puntos no son materia de discusión solo me gustaría mencionarlos brevemente antes de hacerlos a un lado.

Puntos de acuerdo

Estamos de acuerdo en que los hombres, ya sea individual o colectivamente, se han esforzado siempre por comprender, predecir, influir en controlar la conducta humana. Lo mismo el comportamiento propio que el ajeno han sido objeto de sus intentos.

Creo que estamos de acuerdo en que las ciencias de la conducta están y continuarán haciendo en lo futuro, progresos cada vez más rápidos e importantes, en la tarea de comprender el comportamiento de los hombres. Como una consecuencia de ello, la capacidad para predecir y controlar la conducta se desarrollará con igual celeridad.

También creo que estamos de acuerdo en que sería poco realista negar estos avances o proclamar que la conducta del hombre no puede ser objeto de la ciencia. Incluso, aunque no sea un asunto que nos compete, deberíamos reconocer que muchos hombres inteligentes sostienen todavía con bastante insistencia el punto de vista de que el hombre posee tal grado de libertad en sus reacciones que el conocimiento científico de la conducta humana es imposible. Reinhold Niebuhr, uno de nuestros teólogos más connotados, ha venido durante mucho tiempo acumulando obstáculos y reuniendo argumentaciones para oponerlas a la concepción de la psicología como ciencia dedicada al estudio y predicción de la conducta humana. Hasta ha llegado a decir que "ninguna investigación de la conducta humana pasada, puede convertirse en una base sólida para fundamentar una predicción de la conducta futura" (1955, pág. 47). Aunque este no es un problema para los psicólogos, deberíamos, por lo menos, señalar de pasada que es un problema que preocupa a un buen número de personas.

Concordamos igualmente en que la ciencia tiene un tremendo poder derivado de sus posibilidades para predecir y para controlar la conducta, y que dicho poder puede ser utilizado equivocadamente, constituyendo tal eventualidad, a no dudarlo, una seria amenaza.

Por lo tanto, Skinner y yo estamos de acuerdo en que el problema del control científico de la conducta humana es un asunto que debería preocupar no solo a los psicólogos sino al público en general. Como Robert Oppenheimer dijo alguna vez ante la Asociación Psicológica Americana (1956a), la sociedad se verá enfrentada a una serie de problemas como secuela de la reciente habilidad de los psicólogos para controlar la con-

ducta; dichos problemas serán mucho más graves que los que han sobrevenido junto con la capacidad de los físicos para controlar las reacciones de la materia. No estoy seguro de que los psicólogos reconozcan, en su mayoría, este hecho. Mi impresión es que la generalidad sustenta una actitud de *laissez-faire*. Skinner y yo rechazamos ese punto de vista, pues si así fuera no hubiéramos escrito este artículo.

Puntos en disputa

Habiendo señalado los varios puntos de acuerdo, básicos e importantes, es tiempo de preguntarnos si existen diferencias en otros puntos, y en caso de que las haya, inquirir cuáles son. Pienso que sí hay esas diferencias; por tal motivo me permitiré reseñar brevemente las que considero importantes, a saber: ¿A quién se controlará? ¿Quién controlará? ¿Qué tipo de control se ejercerá? Y la principal de todas: ¿Con qué fin, o con qué propósitos, o persiguiendo qué clase de valores se ejercerá dicho control?

Aquí es donde asoman las ambigüedades, mal entendidas y, probablemente, diferencias profundas. Estas mismas existen entre los psicólogos y entre el público en general, no únicamente en este país, sino también entre muchas culturas del mundo. Sin esperar darle una solución final a estas cuestiones, creo que podemos, por lo menos, aclararlas.

Significado de algunos términos

Para evitar la ambigüedad y los errores en la comunicación, me gustaría aclarar el significado de algunos de los términos que estamos utilizando. El concepto de *Ciencia conductual* podría definirse desde varios ángulos, pero en el contexto de esta discusión nos referimos, principalmente, al conocimiento de que existen ciertas condiciones descriptibles en el ser humano y en su ambiente, a las que siguen ciertas consecuencias que se pueden describir en sus acciones.

El término *predicción* denota que es posible identificar previamente las conductas que van a tener lugar en lo futuro. Debido a su importancia, desearía agregar que se puede predecir una conducta, altamente específica, como un parpadeo, o se puede llegar a predecir toda una clase de conductas. Por ejemplo, podría predecirse correctamente la "conducta de evitación" sin necesidad de especificar si el individuo se retirará o simplemente cerrará los ojos.

La palabra *control* es muy elusiva, con significados varios. Me gustaría señalar cuáles, según mi propio ver, son los más importantes para nuestros propósitos. *Control* puede significar: a) que B disponga ciertas condiciones para que A, quien no tiene voz en este asunto, muestre ciertas conductas de carácter predecible. Se trata aquí de un control externo; b) que B ponga determinadas condiciones al sujeto A, y que A consienta, en cierto grado, que se le impongan esas condiciones, las cuales determinarán, por sí mismas, la aparición de algunas conductas de índole predecible. A esto se podría llamar la influencia de B sobre A, y c) A se pone a sí mismo ciertas condiciones, para que, de esta manera, se

presenten en él ciertas conductas predecibles. A esto último le doy el nombre de control interno... Se notará que Skinner amalgama los dos primeros significados, control externo e influencia, en el concepto de control. Creo que esto provoca confusiones.

Conceptos comunes sobre el control de la conducta humana

Habiendo aclarado un poco (por lo menos así lo espero) la confusión resultante de no haber definido previamente los términos, pasaré a revisar, brevemente, los distintos elementos que se hallan implicados en el concepto más usual de control de la conducta humana, que por intermedio de las ciencias conductuales hemos alcanzado. Para ello, tomaré puntos de vista extraídos de los primeros escritos de Skinner, asimismo acudiré a las afirmaciones actuales del mismo autor y, por último, consideraré también los escritos de otros autores que se han acercado a este problema del control, ya sea como partidarios o como antagonistas. No excluiré de mi revisión a los escritores de ficción científica, como Vanderburg (1956), por ejemplo, pues muy a menudo estos demuestran tener una clara conciencia del problema, aun cuando los métodos que describan sean de naturaleza ficticia. Los elementos que parecen compartir los diferentes conceptos relativos a la aplicación de la ciencia de la conducta humana son:

1) Es necesario que primero se tome alguna decisión con respecto a los objetivos. Por lo común, son finalidades aceptables las que se persiguen; pero algunas veces, como en el libro 1984, de George Orwell, la meta está en el engrandecimiento del poder individual, algo con lo que la mayor parte de nosotros estaría en desacuerdo. En un reciente artículo de Skinner, se sugiere que un posible conjunto de objetivos, a cuya consecución podría coadyuvar la tecnología conductual es como el que sigue: "hagamos felices, informados, diestros, productivos y de buen comportamiento a los hombres" (1955-1956).¹

En un primer borrador que amablemente Skinner me proporcionó, de la primera parte de este artículo, no se mencionaban objetivos tan definidos como los señalados; se hablaba simplemente de un deseo de mejorar las prácticas educativas, "hacer más prudentes" a los gobernantes en el uso del conocimiento y cosas por el estilo. En la versión final dejaron de utilizarse términos como los precedentes, cargados de referencias a los valores, y en su lugar se estableció, de manera muy general, que el control científico de la conducta es deseable, debido a su probabilidad de llegar a "mejorar el mundo".

Entonces, el primer paso que debe darse cuando se piensa en controlar la conducta humana es elegir los objetivos, estos pueden ser o muy específicos o de carácter global. En otras palabras, la pregunta: ¿con qué propósito?, necesita ser contestada.

2) No importa que el fin seleccionado sea altamente específico, o tan general como el deseo de "mejorar al mundo", el segundo problema al que nos enfrentamos es encontrar o descubrir los medios que nos puedan lle-

¹ Véase las páginas 31-47 de este volumen

var a la consecución de esos fines. Una vez descubiertos tales métodos no podemos quedar satisfechos, necesitamos continuar experimentando, investigando, para descubrir medios cada vez más efectivos. El método de la ciencia es autocorrectivo, de tal modo que los propósitos que se tienen en mente pueden alcanzarse por medios de eficacia creciente.

3) El tercer aspecto del control es que, una vez determinados los métodos, una persona, o un grupo, establece las condiciones en que se aplicarán los métodos y, en su oportunidad, lograr los fines que se persiguen. Al actuar de esta manera se gana, en una u otra forma poder.

4) El cuarto paso se da, cuando los individuos se avienen a las condiciones prescritas, lo que conduce, con mucha probabilidad, a que se produzcan las conductas compatibles con los objetivos deseados. Los individuos son, ahora, felices, si ese era el objetivo, o se comportan adecuadamente, o son sumisos, o llevan a cabo cualquier otra cosa que se haya decidido.

5) El quinto paso es que, si los procesos descritos son puestos en movimiento, existe una organización social que continuará produciendo los tipos de conducta que se han considerado valiosos.

Algunos defectos

Esta apreciación del control de la conducta humana, ¿tiene algunos defectos? Creo que sí. De hecho, con lo único que estoy de acuerdo, es con el segundo punto. Me parece incontrovertible la afirmación de que el método científico constituye la forma idónea de descubrir los medios por los cuales alcanzar determinados objetivos. Aparte de esa coincidencia en punto de vista, siento que, en lo demás, nos separan las diferencias que trataré de señalar.

Pienso que tanto en los escritos previos de Skinner como en la exposición que hace en este artículo hay una subestimación muy seria del problema del poder. Suponer que los científicos ejercerán el poder que la ciencia de la conducta ponga a nuestra disposición, o que quedará en manos de un grupo benevolente, me parece una esperanza endeble que encuentra además un apoyo ciertamente muy débil en la historia, ya sea ésta reciente o remota. Lo que me parece más probable es que los científicos de la conducta, sin dejar sus actitudes de hoy día, estarán en la misma posición que los científicos alemanes que se especializaron en proyectiles teleguiados. Primero trabajaron devotamente para ayudar a Hitler a destruir a la Unión Soviética y a los Estados Unidos. Ahora, dependiendo de qué país fue el que los capturó, trabajan devotamente para que la Unión Soviética pueda destruir a los Estados Unidos o para que los Estados Unidos puedan acabar con la Unión Soviética. Si los científicos conductuales se preocupan solamente por el avance de su ciencia —y eso es lo que sucede ahora y parece que seguirá ocurriendo, puesto que no se observan visos de cambio—, lo que me parece más probable es que terminen sirviendo a los propósitos del individuo o grupo que detente el poder.

Pero el mayor error que encuentro al examinar los aspectos que están envueltos en el control científico de la conducta es la negación, la falta de comprensión o la subestimación del lugar que debe dársele a los fines, a los objetivos o a los valores, que se ponen en relación con la ciencia. Este error tiene (según creo) muchas implicaciones, a las que me gustaría dedicar algún espacio.

Fines y valores en relación con la ciencia

En contradicción con algunos puntos de vista que ya han sido adelantados, me gustaría proponer una tesis de dos aspectos: a) en cualquier esfuerzo científico —no importa que se trate de ciencia pura o de ciencia aplicada— se elige previamente el propósito o valor que el trabajo científico pueda tener. Esta elección tiene un carácter subjetivo, y b) la elección subjetiva de un valor es siempre exterior al esfuerzo científico y nunca puede llegar a ser una parte de esa ciencia.

Vamos a ilustrar el primer punto apoyándonos en el propio Skinner. No hay duda de que en su primer escrito (1955-1956) reconoció que era necesaria la elección previa de un valor; por ello especificó claramente ese objetivo al indicar que el propósito de la ciencia de la conducta es hacer felices, productivos y de buen comportamiento a los hombres. Me complace que Skinner haya retirado los objetivos que en un principio eligió, pues me parece que los anteriores eran muy pedestres. Siento también que esos objetivos fueron elegidos para otros y que, al hacerlo, no se fijó en sí mismo. No podría aceptar que Skinner se "comportara adecuadamente" en la forma en que los científicos conductuales usan el término. En su más reciente artículo, en la revista *American Psychologist* (1956), demuestra que no desea ser "productivo", en el sentido que tiene ese valor para la mayoría de los psicólogos. El destino más terrible que podría imaginar para Skinner sería el de que fuera continuamente "feliz". Yo me doy cuenta de la infelicidad que padece ante un buen número de problemas y por ese motivo no puedo menos que apreciarlo.

En el primer borrador de este artículo, Skinner se refirió a una elección previa de valores cuando, por ejemplo, señaló que "debemos decidir en qué forma usaremos el conocimiento que la ciencia de la conducta pone a nuestra disposición". Por último, si retiró todas las menciones que antes había hecho a este problema de la elección es porque creyó, si es que lo estoy interpretando correctamente, que la ciencia puede proceder sin ella. Este punto de vista lo ha sugerido en otro trabajo reciente, en el que afirma que "debemos continuar experimentando en lo que se refiere al diseño cultural... probando las consecuencias de lo que hacemos. Eventualmente, las prácticas que lleguen a aumentar las fuerzas biológicas y psicológicas del grupo, son las que probablemente van a sobrevivir" (Skinner, 1955, página 549).

Sin embargo, quisiera señalar que, si decidimos experimentar, en ese mismo momento estamos haciendo una elección de valor. Incluso, si nos movemos hacia una experimentación al azar, ya estamos haciendo una elección de valor. Para probar las consecuencias de un experimento, es

necesario que primero hayamos tomado una decisión subjetiva, eligiendo como criterio un determinado valor. Implícita en la afirmación de Skinner está una valoración de la fuerza biológica y psicológica. Aun cuando tratemos de evitar el hacer esa elección subjetiva de valor, nos encontramos con que no podemos eludirla. Cualquier esfuerzo científico o cualquier esfuerzo destinado a obtener control sobre algún hecho específico exige que antes se tome una decisión que, como ya dijimos, es subjetiva, además de contener un problema de valores. Deseo aclarar, al llegar a este punto, que no estoy diciendo, de ninguna manera, que los valores no pueden ser incluidos como objeto de la ciencia. No es verdad que sólo corresponda el papel de objeto a cierta clase de "hechos"; tampoco es cierto que los valores no puedan ser incluidos entre los fenómenos que son motivo de preocupación del quehacer científico. El problema es mucho más complejo, como puede verse mediante una simple ilustración.

Si el conocimiento de "las tres R" se valúa como objetivo de la educación, es indudable que solo a través de los métodos científicos, podremos obtener una información más segura acerca de cómo puede alcanzarse tal objetivo. Si es la habilidad para resolver problemas la que reciba el valor del objetivo al que deba dirigirse la educación, el método científico me puede proporcionar el mismo tipo de ayuda.

Ahora bien, si lo que yo deseo es determinar si la habilidad para resolver problemas es "mejor" que el conocimiento de las tres R, entonces el método científico puede también estudiar estos dos valores pero solo —y esto es muy importante— en términos de algún otro valor que, previamente y en forma subjetiva, se haya elegido. El valor que se puede fijar es el del éxito en la universidad, por ejemplo, y a partir de ese valor determinar si la habilidad para resolver problemas o el conocimiento de las tres R se encuentra estrictamente asociado a esa meta. Puedo señalar que la integridad personal, el éxito vocacional o la ciudadanía responsable son los valores esenciales; y a partir de esa valoración determinar si la habilidad para resolver problemas o el conocimiento de las tres R es "mejor" para el logro de cualquiera de estos objetivos. Pero, en uno y otro caso, el valor o propósito que dió significado al esfuerzo científico que realicé siempre tuvo que caer fuera de ese esfuerzo.

Aunque en este simposium estamos interesados primordialmente en la ciencia aplicada, lo que estoy diciendo es válido también para la llamada ciencia "pura". En la ciencia pura, el valor subjetivo previo que generalmente se elige es el descubrimiento de la verdad. No obstante, esta elección tiene una naturaleza subjetiva y la ciencia nunca puede aseverar que hizo, en un determinado momento, la mejor elección, salvo que sus afirmaciones las haga a la luz de algún otro valor.

Los especialistas en genética en la URSS, por ejemplo, tuvieron que elegir subjetivamente qué era mejor, si perseguir la verdad o descubrir hechos que sustentaran al dogma gubernamental. ¿Cuál es la "mejor" elección? Podríamos hacer una investigación científica destinada a evaluar las distintas alternativas; mas para llevarla a cabo necesitamos apoyarnos en otro valor elegido subjetivamente. Por ejemplo, si el valor que escogemos es la supervivencia de una determinada cultura, entonces, de

acuerdo con los métodos que la ciencia nos proporciona, tenemos que investigar el problema de qué es lo que se encuentra más estrechamente asociado con la supervivencia cultural, si la persecución de la verdad o el apoyo a un dogma gubernamental.

Lo que quiero hacer ver con esto es que cualquier esfuerzo de la ciencia, sea esta pura o aplicada, se realiza persiguiendo un propósito o un valor que es elegido previa y subjetivamente por las personas. Es importante que esta elección pueda hacerse explícita, pues, de otra manera, el valor particular que se esté persiguiendo quedaría sin probar o estimar, sin confirmación o rechazo, es decir, el esfuerzo científico al cual dió nacimiento esta elección puede, en cierta manera, ser infructuoso, de lo que se desprende que el valor o propósito inicial, que origina cualquier esfuerzo científico, queda entonces fuera de la esfera de la ciencia.

Entre otras cosas, lo anterior significa que, si elegimos algún objetivo particular o una serie de metas que deban ser alcanzadas por los seres humanos y luego nos disponemos a controlar ampliamente la conducta de los hombres con la mira de alcanzar los objetivos elegidos, a partir de ese momento quedamos maniatados por la rigidez de nuestra propia elección inicial, ya que el esfuerzo científico que llevamos a cabo quizá nunca se trascienda a sí mismo y, por tanto, no llegue a seleccionar nuevos objetivos. Únicamente la subjetividad de las personas humanas puede hacer eso, de ahí que si elegimos como meta la felicidad de los seres humanos (un objetivo que fue puesto mercedamente en ridículo por Aldous Huxley en *Un mundo feliz*) y si logramos que toda la sociedad se vea implicada en un programa científico exitoso, mediante el cual las personas alcancen la felicidad, tarde o temprano quedaríamos encerrados en un sistema tan rígido que impediría la puesta en duda de ese objetivo, debido a que nuestras operaciones científicas no podrían trascenderse a sí mismas para cuestionar los propósitos que las guían. Sin necesidad de extenderme más en este punto, me gustaría subrayar que cuando se cae en esa rigidez de características verdaderamente colosales se pierden, como lo demuestran dinosaurios o dictaduras, las posibilidades de supervivencia evolutiva.

Pero, si en una parte de nuestro esquema introducimos a un grupo de individuos encargados de hacer la planeación de la cultura, tenemos que darles la posibilidad de que no sean felices, de que no sean controlados, para así dejarles en libertad de preferir otros valores; pero si hacemos tal cosa, nuestra decisión conllevará otro significado: que la meta elegida no es suficiente ni satisfactoria para los seres humanos, por lo que debe ser complementada. Significa igualmente que hace falta dejar a un grupo escogido para que goce de libertad, lo que confirmaría la suposición de que la generalidad no iba a ser otra cosa que un conjunto de esclavos —no importa qué eufemismo les aplicáramos— al servicio de quien o quienes seleccionan los objetivos.

Sin embargo, es posible pensar que un esfuerzo científico pueda por sí mismo desarrollar sus propios objetivos, que los hallazgos iniciales permitirán alterar el rumbo y que, gracias a los nuevos descubrimientos, se harán las modificaciones pertinentes. En otras palabras, que la ciencia,

en cierto modo, desarrollará sus propios fines. Aunque no lo dijo claramente, esto parece ser lo que Skinner piensa; y no cabe duda que su descripción no deja de ser razonable. No obstante, pasa por alto un elemento que está siempre presente a lo largo de este desarrollo continuo: que son selecciones personales subjetivas las que intervienen en todas las ocasiones en las que se decide un cambio de dirección. Los descubrimientos científicos, o los resultados de un experimento, por sí mismos, no nos dicen nada; en realidad, nunca podrían decirnos cuál es el siguiente paso, o hacia donde orientar nuestras acciones. Incluso en la ciencia más pura, el científico debe decidir cuál es el significado de sus hallazgos y debe, subjetivamente, elegir cuál será el rumbo inmediato hacia su meta. Y si nosotros estamos refiriéndonos aquí a la aplicación del conocimiento científico, entonces tenemos que aceptar el hecho de que podemos acrecentar nuestro conocimiento de la estructura del átomo, por ejemplo, pero por desgracia, ese nuevo saber que no nos lleva necesariamente de la mano a la elección de los propósitos consecuentes con nuestro flamante descubrimiento. Esta es una elección personal subjetiva que deben tomar muchos individuos a la vez.

Por lo tanto, volviéndome a la proposición con la que dí principio a esta parte de mi argumentación, la repetiré con diferentes palabras. La ciencia adquiere un significado en tanto que persigue objetivamente un propósito que ha sido elegido en forma subjetiva por una o varias personas. Este propósito, o este valor, animan un experimento o dan lugar a una investigación destinada a encontrar los medios de alcanzar aquel propósito mismo que, además, no podría ser investigado dentro del contexto del esfuerzo científico porque, como ya se dijo, este se enfoca más bien a los medios que a los fines. En consecuencia, cualquier discusión acerca del control que mediante la ciencia de la conducta pueda ser logrado en los seres humanos debe enfocarse, desde un principio y con profundidad, a la elección subjetiva de los propósitos que se pretenden alcanzar mediante la aplicación de la citada ciencia.

¿Es esta una situación sin remedio?

El lector cuidadoso reconocerá que a pesar de que algunas de las consideraciones hechas han modificado en cierto grado la visión de los procesos por los cuales la conducta humana será controlada, las mismas consideraciones pueden también haber creado la impresión de que el control se hace cada día más inevitable. Podríamos resumir lo anterior de la siguiente manera: la ciencia conductual está logrando claros avances. El poder creciente de controlar a los demás quedará en manos de alguien o de algún grupo. El individuo o grupo que adquiera ese poder elegirá seguramente los valores o los objetivos que desee alcanzar y la mayor parte de nosotros quedará bajo el control de medios tan sutiles que incluso no nos daremos cuenta de que somos controlados. Entonces, ya sea que el poder quede en manos de un consejo de sabios psicólogos (si estos términos no son contradictorios) o de un Stalin o de un Gran Hermano, cuyos objetivos podrán ser indistintamente la felicidad, la pro-

ductividad, la resolución del complejo de Edipo, la sumisión o el amor al gran hermano; el caso es que nos encontraremos moviéndonos irresistiblemente hacia el objetivo elegido y probablemente pensando que nosotros mismos lo deseamos así. Si este razonamiento es correcto parece que alguna forma de *Walden Two* o de 1984 (y a un nivel filosófico profundo, ambos no parecen distinguirse) sobrevendrá. El hecho de que comeremos más de una vez y estaremos siempre satisfechos, no cambiará rotundamente el problema fundamental. Si así sucediera, como Skinner sugiere en sus trabajos, recordáramos los conceptos de libertad, de capacidad para elegir, de responsabilidad y de dignidad del individuo humano, como curiosidades históricas que alguna vez existieron por accidente cultural, como valores de una civilización precientífica.

Creo que cualquier persona que observe fríamente las tendencias contemporáneas no puede descartar la posibilidad, muy real, de que alguna cosa semejante llegará a suceder en lo futuro. Esto no es una simple fantasía, sino algo cuya probabilidad de acaecimiento es muy grande. Pero, ¿es inevitable este futuro? El resto de mis consideraciones las deseo dedicar al análisis de una alternativa.

Conjunto alternativo de valores

Supongamos que el conjunto de fines, valores y propósitos que vamos a considerar son totalmente diferentes al tipo de objetivos que hasta ahora hemos tomado en cuenta. Supongamos también que la exposición de nuestro inusitado conjunto de finalidades la hacemos ostensiblemente, presentando los fines como un valor de posible elección, susceptible de ser aceptado o rechazado. Imaginemos que seleccionamos un conjunto de valores que se enfocan sobre elementos fluidos de un proceso y no a atributos estáticos. Podríamos entonces valorar al hombre como dentro de un proceso que se dirige hacia un ser que todavía no es, como un proceso encaminado a la concreción de determinadas potencialidades, un proceso tendiente a alcanzar la dignidad personal. En nuestra concepción, el ser humano individual es un proceso de autorealización que se dirige hacia experiencias más ricas y desafiantes. Ese proceso, por el cual el individuo se adapta creativamente a un mundo siempre cambiante, es la trascendencia del conocimiento, de la misma manera que la teoría de la relatividad trascendió a la física newtoniana e igual que la teoría de la relatividad será trascendida alguna vez en lo futuro por una nueva concepción.

Si seleccionamos esa clase de valores, encauzaremos la ciencia y la tecnología de la conducta hacia un conjunto muy diferente de problemas. Las preguntas que entonces nos haremos serán las siguientes: ¿Puede la ciencia ayudarnos a descubrir nuevas formas de enriquecer y de hacer más recompensante la vida? ¿Hay modos más satisfactorios y significativos de relación interpersonal? ¿Puede la ciencia informarnos de qué manera el ser humano puede participar en una forma más inteligente en su propia evolución física, psicológica y social? ¿Puede la ciencia decirnos en qué forma liberaremos la capacidad creativa de los individuos, cosa que parece necesaria si lo que queremos es sobrevivir en esta edad

atómica que se expande de manera tan fantástica. Oppenheimer ha señalado (1956b) que el conocimiento que antes se duplicaba en el lapso de un milenio o de un siglo, ahora lo hace en el transcurso de una generación o de una década. Según parece, debemos descubrir la forma de liberar la mayor creatividad posible, para así adaptarnos plenamente. En resumen, ¿podrá la ciencia descubrir los métodos para que el hombre asegure los procesos de autotranscendencia y desarrollo que le permitirán ampliar su conducta, extender su pensamiento o incrementar su conocimiento? ¿Puede la ciencia predecir y permitir una libertad esencialmente "impredicible"?

Una de las virtudes de la ciencia, como método, es que en sus manos está el desarrollar objetivos y propósitos como los que nos conciernen, y no solo eso, sino que también puede dirigirse a la obtención de valores estáticos, como los de felicidad, obediencia, adecuada información y bienestar. Para ser sinceros, debemos decir que en la actualidad no poseemos evidencia alguna que nos permita decir si la ciencia está en posibilidad de complacernos.

Un pequeño ejemplo

Se me perdonará si documento estas posibilidades valiéndome de la psicoterapia, que es el campo que mejor conozco.

La psicoterapia, como Meerloo (1955) y otros han señalado, puede ser uno de los instrumentos más sutiles para el control de A por B. El terapeuta puede moldear sutilmente a los individuos, haciéndoles que imiten su propio actuar. Puede hacer que un individuo se convierta en un ser sumiso y conformista. Cuando ciertos principios terapéuticos se aplican al extremo podemos desintegrar la personalidad y remodelar los modos de ser de una persona de acuerdo con los deseos del individuo que la controle. A esto le damos el nombre de lavado cerebral. Los principios de la terapia pueden ser utilizados para controlar externamente la personalidad y la conducta individual. ¿Puede la psicoterapia hacer algo distinto?

La psicoterapia centrada en el cliente (Rogers, 1951) se ha dirigido a alcanzar esos nuevos propósitos, por lo que constituye una incitante sugerencia de lo que la ciencia conductual podría hacer para el logro de los valores en cuestión. Independientemente de que, en cierto modo, esta es una nueva orientación psicoterapéutica, su desarrollo tiene importantes implicaciones perfectamente relacionadas con el problema del control del comportamiento humano.

Describiré en seguida cómo nuestras experiencias se relacionan con el tema de esta discusión.

En la terapia centrada en el cliente, estamos profundamente comprometidos en la predicción del comportamiento, y son también objeto de nuestra preocupación las influencias que podamos ejercer sobre la conducta, en otras palabras, nos interesa el concepto de control. Como terapeutas que somos, señalamos ciertas condiciones referentes a la actividad que vamos a desplegar frente al cliente; y aquí, éste tiene relativamente poca voz. Predecimos que, si tales condiciones se establecen, estas otras

consecuencias conductuales se producirán en el cliente. Hasta este punto, estamos comprometidos en un control externo que no es diferente al que Skinner ha descrito y tampoco distinto al que discutimos en las secciones precedentes de este artículo; sin embargo, hemos llegado al término de las similitudes.

Las condiciones elegidas establecen consecuencias conductuales como las que en seguida se enumeran: el cliente llegará a dirigirse cada vez más por sí mismo; será menos rígido, más abierto a la evidencia de sus sentidos; mejor organizado e integrado y más semejante al ideal que ha elegido para sí mismo. En otras palabras, hemos establecido condiciones externas de control que darán lugar a un control interno por parte del individuo, quien, de esa manera, definirá sus propios objetivos. Lo que nosotros hemos dispuesto son las condiciones gracias a las cuales podemos predecir varias clases de conducta —conductas autodirectivas, sensibilidad a las realidades de dentro y de fuera y flexibilidad adaptativa. Por su naturaleza, dichos comportamientos son verdaderamente impredicibles en lo que se refiere al aspecto específico que adquieran o al curso que seguirán. La investigación que hemos realizado en fechas recientes (Rogers y Dymond, 1954) ha corroborado nuestras predicciones en grado significativo. Ahora bien, el compromiso que tenemos con el método científico nos lleva a creer que pueden encontrarse medios mucho más adecuados para lograr estos objetivos. Por ello la búsqueda continúa.

La investigación, en otros campos —en la industria, en la educación, en la dinámica de grupos—, parece apoyar nuestros descubrimientos. Creo que puede afirmarse, conservadoramente, que el progreso científico alcanzado permite identificar las condiciones que en una relación interpersonal hacen posible que, cuando B esté en posesión de determinadas características, pueda obtener, gracias a ellas, una mayor madurez en su conducta, una menor dependencia de otros, un aumento en su capacidad expresiva como persona, un aumento en su variabilidad, en su flexibilidad y en su eficiencia adaptativa, así como una mayor responsabilidad y autodirección. Además, en agudo contraste con la preocupación que alguien ha expresado en torno a este asunto, no encontramos que la conducta creativamente adaptada, que resulta de tal variabilidad autodirigida de la expresión, constituya un "feliz accidente" que se produce dentro del "caos". En lugar de esa imagen desordenada hallamos que el individuo que se abre a sus propias experiencias, que se autodirige de manera armoniosa, y no caótico; tampoco actúa al azar, sino que ordena sus respuestas imaginativamente hacia la culminación de sus propósitos, con singular ingenio. Sus acciones creativas constituyen un "feliz accidente" solo en la medida en que, por ejemplo, se considere el desarrollo de la teoría de la relatividad por Einstein una combinación específica pero accidental de sucesos dentro de un orden y una progresión armoniosa.

Coincidimos, entonces, con John Dewey cuando afirma: "la ciencia se ha hecho para librar y no para suprimir, en los individuos, la variación, la invención, la innovación y la creación" (Ratner, 1939, página 359). Creemos que el progreso personal y el progreso del grupo se lograrán del mismo modo.

Un posible concepto de control de la conducta humana

Es evidente que el punto de vista que estoy expresando se encuentra en marcado contraste con la concepción habitual de las relaciones que la ciencia de la conducta establece con el control de la conducta humana. En los siguientes párrafos, paralelos a los anteriores, trataré de atenuar ese contraste.

1) Es posible elegir como valor humano el proceso de actualización. También podemos valorar la creatividad y los procesos de autotranscendencia del conocimiento.

2) Podemos tratar de descubrir, con los métodos de la ciencia, las condiciones que preceden necesariamente a estos procesos; y, por medio de la experimentación continua, quizá nos procuremos los mejores medios para alcanzarlos.

3) Es posible que, tanto en manos de los individuos como de los grupos, se encuentre el establecer las citadas condiciones con un poder o un control mínimo.

De acuerdo con los conocimientos actuales, la única autoridad necesaria es la esencial para establecer ciertas cualidades de relación interpersonal.

4) El conocimiento presente sugiere que los individuos expuestos a las condiciones antes indicadas llegan a ser autoresponsables en grado sumo, hacen importantes progresos en el camino de su autorealización; se convierten en sujetos bastante flexibles y de gran creatividad.

5) Entonces, una elección inicial, como la planteada podría inaugurar un sistema social o un subsistema en el que los valores del conocimiento, las habilidades adaptativas e incluso el concepto de ciencia se renovarían en forma continua y autotranscendente.

Creo que este punto de vista, así como lo he pormenorizado, no conduce a ninguna utopía precisa y concreta. Sería imposible predecir el resultado final cuando esas condiciones se establezcan, ya que mi concepción implica un desarrollo lento, paso por paso, que se apoyará en una continua elección subjetiva de propósitos, que serán realizados, finalmente, por la ciencia de la conducta. El mundo futuro que concibo es una "sociedad abierta", en el sentido que Popper (1945) le da al término y en donde los individuos son responsables en la toma de todas sus decisiones personales. En el polo opuesto, se encuentra la sociedad cerrada de la que *Walden Two* es un ejemplo.

En el curso de mi exposición, lo que se subraya son los procesos y no los estados finales de ser, sugiriéndose que, para encontrar el camino hacia la sociedad abierta, es necesario elegir subjetivamente un valor cuyos elementos cualitativos apunten a los procesos del llegar a ser.

La elección

Espero que haya quedado clasificada la gama de elecciones que tendremos que hacer y que harán nuestros hijos, en relación con las ciencias conductuales. El uso que le demos a nuestro creciente conocimiento

es materia de elección. Podemos elegir entre utilizarlo para esclavizar a las personas en una forma ni siquiera soñada, despersonalizándolas, controlándolas, por métodos cuidadosamente seleccionados que evitarán que los esclavos perciban la anulación de su personalidad. Podemos también decir que nuestro conocimiento científico servirá para que los hombres se conduzcan acertadamente, sean felices y productivos, como Skinner sugirió en un principio; o podemos tratar de que cada persona aprenda todo el acervo de conocimientos que nosotros le seleccionemos, como ahora sugiere también Skinner.

O, en el otro polo del espectro, podemos elegir no algo concreto y estático, sino la posibilidad de nuevas elecciones que nos llevarán a usar las ciencias de la conducta en una forma liberadora en vez de restrictiva, que promueva nuestra variabilidad constructora, abrogando el conformismo y favoreciendo la creatividad y evitándonos la saciedad. Nos facilitará la autodirección en el proceso de autorrealizarnos. En fin, la posibilidad preferida ayudará lo mismo a los individuos que a los grupos a encararse, serenamente adaptados, a sus problemas. Asimismo permitirá a la ciencia autotranscenderse. Tenemos que hacer esa elección. Tomando en cuenta lo que es la raza humana, es probable que tropecemos y que algunas veces hagamos elecciones desastrosas; pero también es posible que en otras ocasiones hagamos elecciones altamente constructivas.

Advierto que algunos piensan que la posibilidad de elegir es poco realista, pues dan por sentado que en materia de valores no hay elección posible. Skinner, por ejemplo, ha dicho lo siguiente.

"Los poderes creativos del hombre, de los que tanto se vanagloria... su capacidad para elegir y su derecho a hacerse responsable de las consecuencias de su elección —nada de esto ocupa un lugar conspicuo en la nueva representación de sí mismo que debe de formularse (representación que debe ser proporcionada por la ciencia). Habíamos creído en la libertad del hombre para expresarse a través del arte, la música, la literatura; en sus posibilidades de escudriñar la naturaleza, en su facultad de buscar la salvación por un camino propio. Suponíamos que podía iniciar acciones espontáneas y llevar a cabo cambios caprichosos en su curso... Empero, la ciencia insiste en que las acciones son iniciadas por fuerzas que actúan sobre el individuo y afirman que capricho es solo un nombre como cualquier otro que damos a la conducta cuyas causas aún no han sido encontradas."

Comprendo perfectamente este punto de vista; pero creo que elude enfrentarse a la gran paradoja de la ciencia conductual. La conducta, cuando se examina científicamente, se comprende mejor si se la concibe como determinada por una causa anterior. Este es uno de los grandes hechos de la ciencia. Pero la elección personal responsable, el elemento más esencial del ser de una persona, que constituye el núcleo de la experiencia psicoterapéutica y que precede a cualquier esfuerzo científico es el hecho más prominente en nuestras vidas. La experiencia de la elección responsable no puede negarse. Si así se hace, se está adoptando un

punto de vista tan restringido que es semejante al que niega la posibilidad de una ciencia de la conducta. Parece haber una contradicción entre estos dos elementos importantes de nuestra experiencia. Sin embargo, creo que esa contradicción tiene, tal vez, el mismo significado que la contradicción entre la teoría ondulatoria y la corpuscular de la luz. Ambas pueden ser verdaderas, aunque incompatibles. No podemos negar nuestra vida subjetiva, como tampoco podemos negar la descripción objetiva de esa vida.

En conclusión, pienso que no podemos hacer ciencia sin que haya de por medio una elección personal de los valores que deseamos alcanzar. Además, creo que los valores que se escogen quedan siempre fuera de la ciencia. Los objetivos que seleccionamos, los propósitos que deseamos cumplir deben ser siempre exteriores a la ciencia. Ésta sólo nos hace accesibles las metas que nos hemos fijado; pero no nos dice qué objetivos debemos señalarlos. Para mí, esto tiene un significado muy alentador que es el siguiente: La persona, con su capacidad de elección subjetiva, puede a voluntad separar de cualquier empresa científica el valor que la anima. Para seguir siendo personas y no pones de ajedrez de una ciencia que se crea a sí misma, tenemos que aferrarnos a nuestra capacidad de elección subjetiva.

III - SKINNER

No puedo estar totalmente de acuerdo con la aseveración de que la práctica de la ciencia *necesite* una determinación previa de los objetivos, o una elección previa de los valores. El ingeniero metalúrgico puede estudiar las propiedades del acero y el ingeniero civil diseñar un puente, sin preguntarse si el puente debe ser construido. Sin embargo, esas preguntas se formulan con cierta frecuencia y también se las responde tentativamente, por lo menos, con mucha frecuencia, Rogers desea llamar a esa clase de respuestas "elecciones subjetivas de valores". Para mí, dicha expresión sugiere que, para poder referirnos a nuestra conducta, tendremos que abandonar las más rigurosas prácticas científicas. En el análisis experimental de otros organismos, yo utilizaría términos claros y específicos cosa que intentaré hacer aquí. Cualquier escala de valores es una lista de fenómenos reforzantes, ya sea condicionados o de cualquier otra índole. Estamos constituidos de tal manera que, bajo ciertas circunstancias, la comida, el agua, el contacto sexual, así como otras cosas más, determinarán que la conducta que llevó a la obtención de tales reforzadores, ocurrirá con mayor probabilidad cuando se presente una nueva ocasión en la que se le dé al organismo la oportunidad de volver a ser reforzado con cualquiera de esos fenómenos ambientales. Otras cosas pueden adquirir también este poder. No necesitamos decir que un organismo clice comer en vez de morir de hambre. Si se me respondiera que estamos ante algo diferente cuando un hombre elige morir de hambre, el estar de acuerdo en ese punto me hace muy feliz, pues hay que recordar que, si esas diferencias no se presentaran, ya habríamos aclarado desde hace mucho tiempo el problema

de la elección. Lo único que sí quiero decir al respecto es que un organismo puede ser reforzado con casi cualquier cosa y, por lo mismo, puede elegir entre los más diversos objetos.

A Rogers le preocupan las elecciones que implican consecuencias múltiples, usualmente conflictivas. He tratado algunas de ellas en otro lugar (Skinner, 1953), cuando hice el análisis del autocontrol. El problema es el siguiente: ¿me decidiré a comer estas deliciosas fresas ahora, aunque mañana tal vez sufra una inoportuna urticaria? La decisión que tome se asigna generalmente al territorio de la ética. Ahora bien, en este momento estamos estudiando los efectos de combinaciones similares de consecuencias positivas y negativas, y también la influencia de una serie de condiciones colaterales en el laboratorio. Hemos descubierto que hasta a una paloma se le puede enseñar cierto grado de autocontrol. Los resultados que se obtengan en el curso de estos trabajos nos ayudarán a comprender cómo operan ciertas fórmulas —entre ellas debemos de contar los juicios de valor— desarrolladas por la sabiduría popular, la religión y la psicoterapia para lograr la autodisciplina. El efecto observable de la afirmación de un valor es alterar la relativa efectividad de los reforzadores. Así, cuando pensamos en la urticaria, el gusto por las fresas disminuye un tanto. Y en aquellos casos en los que el salpullido fuera motivo de vergüenza, porque denunciaría que habíamos cometido un acto ilegal, pecaminoso o inadecuado o si fuera un signo de imprudencia, arrojáramos con satisfacción las fresas lejos de nosotros, en una monumental respuesta de evitación que haría sonreír a Murray Sidman.

Las personas se comportan en determinada forma debido a que, por su apego a los patrones éticos, gubernamentales o religiosos, obtienen un reforzamiento para su conducta. El comportamiento resultante da lugar a que el patrón que nos conforma se perpetúe; y gústenos o no, tal perpetuación es el criterio definitivo. Es en ese aspecto en donde la ciencia puede ayudarnos —pero no para elegir un designio, sino para permitirnos predecir el valor de supervivencia de las prácticas culturales. Desde hace mucho tiempo, el hombre ha tratado de alcanzar el mundo al que aspira, glorificando algún tipo de reforzamiento inmediato. La ciencia apunta cada vez más a las consecuencias mediatas, remotas. En estas condiciones, el hombre puede comenzar a fortalecer alguna de sus conductas con miras a lograr la supervivencia de la humanidad, y no limitarse a prestar una esclava devoción a un valor mutable de momento a momento. Que no se me pregunte por qué desco que la humanidad sobreviva, porque mi respuesta será semejante a la que daría un fisiólogo cuando se le pregunta por qué motivos desea respirar. Una vez establecida la relación entre un paso dado y la supervivencia del grupo, daré el siguiente paso. A la ciencia le corresponde encontrar tal tipo de relaciones.

En ciertas ocasiones he recomendado determinados valores (las críticas de Rogers no me hacen desistir en la proposición de tales fines); pero cuando lo he hecho, no he considerado que las metas que propongo tengan un carácter último. Invariablemente he pensado que los objetivos siempre son transitorios. En otras palabras, en condiciones iguales, apuesto en favor del grupo cuyas prácticas hacen que las personas sean más saludables, fe-

lices, seguras, productivas y creadoras. Insisto en que los valores recomendados por Rogers son también transitorios, por lo que puedo formularle la misma clase de objeciones que él me hace. Considera al hombre como un proceso de llegar a ser —¿qué? Busca la autorealización —¿para qué? El control interno no es más que un objetivo externo.

Lo que Rogers parece proponerme, lo mismo aquí que con anterioridad (Rogers, 1956), es que usemos el poder cada vez mayor de control que hemos obtenido, gracias a la ciencia, para crear individuos que no necesitarán y tal vez no responderán al control. O sea que me dice que para resolver el problema que nos ocasiona el control lo que debemos hacer es renunciar a utilizarlo. Esto es tan inadmisibile a primera vista, como la idea de que exista un déspota benevolente. Sin embargo, en ciertas ocasiones el poder ha sido dilapidado, en el sentido de que los hombres no han querido aprovecharlo; así, una nación ha quemado su Reichstag, los ricos han hecho a un lado su bienestar, las mujeres bellas se han ido al desierto como ermitañas y los psicoterapeutas han llegado a ser no dirigentes. La existencia de otros posibles reforzamientos podría proporcionarnos una explicación a esta serie de hechos aparentemente extraños. De esta suerte, podríamos ver cómo las personas renuncian al poder democrático, cuando un tirano les promete la tierra. Los ricos abandonan sus fortunas para escapar del dedo acusador de sus conciudadanos. Una mujer sacrifica su belleza con la esperanza de lograr la salvación. Y un psicoterapeuta abandona el control, porque así ayuda a su cliente en forma más efectiva.

La solución de Rogers es comprensible; pero, ¿está interpretando correctamente sus resultados? ¿Qué pruebas existen de que un cliente llegue en realidad a autodirigirse? ¿Cómo comprobar que lo que en realidad hacemos es una elección *interna* de un ideal o de un objetivo? Ciertamente, el terapeuta puede evitar hacer la elección, puede alentar la autorealización. Pero, ¿en qué medida hará a un lado el control cuando sabemos que, si la ocasión lo demanda, estará dispuesto a detener a su cliente, por ejemplo, si este elige como objetivo ser un falsario o matar a su jefe? No obstante, vamos a suponer que el terapeuta se retirará completamente: ¿se retirarán por igual las otras fuerzas que actúan sobre su cliente? Esa facultad de elegir que se alienta, ¿será independiente del entrenamiento ético y religioso que previamente ha recibido el cliente? ¿es indiferente a las ideas comunes de su grupo, o a las opiniones o actitudes de otras personas que también son importantes para el cliente? Seguramente, no. La situación terapéutica es solo una pequeña parte del mundo del cliente; y desde el punto de vista del terapeuta quizá parezca posible el abandono del control, pero el control no solo tiene lugar en un "sí mismo", sino también en y desde otras partes del mundo del cliente. La solución al problema del poder del terapeuta no puede ser *nuestra* solución; por el contrario, debemos considerar *todas* las fuerzas que actúan sobre el individuo.

Como el niño está en pleno desarrollo, necesita que se le aguijonee y regañe. Deseamos verlo afanado en construir su destino por sí mismo, pero no que cada paso lo dé en respuesta a las advertencias de su madre.

Queremos que ciertas contingencias temporales con las que el haraganeo ha sido castigado y otras que han reforzado la diligencia se constituyan en fuerzas motoras de sus cambios conductuales. Cuando posea cierto grado de control, diremos que se halla mejor organizado, que tiene mayor sentido de la realidad o, le daremos a ese hecho el nombre que queramos. El caso escueto es que el niño pasa de un control verbal temporal, ejercido por sus padres, a otro que proviene de ciertas características inexorables del ambiente. Supongo que algo igual sucede en el caso de la psicoterapia exitosa. Rogers parece decirnos: Demos fin tan pronto como sea posible a cualquier relación del tipo amo-esclavo, a cualquier obediencia directa, a la aceptación sumisa de las sugerencias; demos al individuo la libertad de ajustarse a sí mismo a las características más recompensantes del mundo que le rodea. Por último, dejémosle sin nuestros consejos, "que parta a donde quiera", como en el estado marxista. No solo estoy de acuerdo con esta última idea, sino que he construido en la fantasía un mundo en donde se demuestran las ventajas que una organización de ese tipo acarrearía. Me duele oír a Rogers decir que "en un profundo nivel filosófico" *Walden Two* y 1984 de George Orwell, "parecen indistinguibles". Sin embargo, lo cierto es que a determinado nivel son completamente diferentes.

En 1984, se pinta un cuadro en el que el control aversivo inmediato se utiliza para satisfacer los propósitos más egoístas. El fundador de *Walden Two*, por otro lado, ha construido una comunidad en la que ni él, ni ninguna otra persona, ejercen, *realmente*, el control. Su afán quedó sosegado una vez que su *plan* original se puso en marcha; y cuando se ufana de ello ("lo logrado es suficiente para satisfacer al más sediento tirano"), no nos provoca temor sino que más bien empezamos a tenerle piedad por su flaqueza.

Otro crítico de *Walden Two*, Andrew Hacker (1955), ha puesto a discusión este punto, cuando decide considerar la producción de un condicionamiento masivo a la luz de la noción liberal de la autonomía del hombre. Extrae ciertos paralelos entre un pasaje sobre la gran inquisición, que se encuentra en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, en *Un mundo feliz*, de Huxley y en *Walden Two*; y a partir de ahí intenta establecer una distinción entre condicionadores y condicionados. Supone que "puede decirse que el condicionador es autónomo en el sentido liberal tradicional". Hace notar, sin embargo, que "por supuesto el condicionador ha sido condicionado, pero no por la manipulación consciente de otra *persona*". ¿De qué manera afecta esto a la conducta resultante? ¿Acaso no podremos olvidar los orígenes de un diamante "artificial" cuando encontramos que es idéntico a uno real? Ya sea que estemos ante un patrón cultural "accidental", como el que produjo al fundador de *Walden Two*, o frente a un ambiente diseñado, como el que producirá a los sucesores de este hombre, el hecho es que en ambos casos nos enfrentamos a un conjunto de condiciones que generan una conducta cuya evaluación final será dada por la forma en que contribuyan a la fuerza del grupo. La prueba de la "bondad" o la aceptabilidad, está en lo futuro, no en el pasado.

Si somos dignos de la herencia democrática que hemos recibido, nos resistiremos, por supuesto, a cualquier uso tiránico de la ciencia, que sirva a propósitos inmediatos o egoístas. Pero si valoramos adecuadamente los logros y los objetivos de la democracia, no debemos negarnos a que se aplique la ciencia al diseño y a la construcción de patrones culturales. Incluso aunque nos encontremos a nosotros mismos en la posición de controladores. El miedo al control generalizado, más allá de cualquier garantía, ha propiciado que se malinterpreten ciertas prácticas que, sin duda, son válidas; asimismo, ese temor ha provocado un ciego rechazo al planeamiento inteligente en pro de mejorar la vida. En términos que Rogers seguramente aprobará, cuando nos sobrepongamos a ese miedo, seremos más maduros, mejor organizados y estaremos en aptitud de realizarnos más totalmente como seres humanos.

EL CONTROL DE LA CONDUCTA Y LA RESPONSABILIDAD SOCIAL

LEONARD KRASNER

Publicado en *American Psychologist*, 1964, 17, 199-201.

En los últimos años, la investigación, en el dominio de la psicoterapia, se ha enfocado cada vez más a estudios que fácilmente podrían interpretarse como de control de la conducta; eso nos ha llevado a clasificarla dentro de la psicología dedicada a esta tarea (Bandura, 1961; Frank, 1961; Kanfer, 1961; Krasner, 1958, 1961; Salzinger, 1959; Skinner, 1953). En los estudios sobre control de la conducta, uno de los elementos esenciales viene a ser la influencia, la persuasión o la manipulación que pueda ejercerse en el comportamiento de los hombres. Se han desarrollado dos amplias categorías de técnicas de control. La primera, considerada un proceso de "reforzamiento social", incluye técnicas en las que media principalmente la conducta del propio examinador integrada a las situaciones de entrevista como modo de influir en otras conductas. Aquí, se adjuntan los estudios sobre psicoterapia, hipnosis, condicionamiento operante, influencia ejercida sobre las actitudes, placebos y lavado cerebral. Una segunda categoría de técnicas de control, comprende el uso de medios físicos o drogas, por ejemplo, los tranquilizadores, la estimulación cerebral, la privación sensorial y las máquinas de enseñanza. Las dos categorías en las que se puede clasificar la investigación tienen en común el desarrollo de técnicas que facilitan la efectividad del control o la manipulación de la conducta individual. Un gran número de investigadores, en este campo, han sido influenciados por el conductismo, de tipo skinneriano, que subraya el control experimental y el moldeamiento de la conducta

(Skinner, 1953). Aunque todavía no existe una evidencia directa en relación con este punto, se ha formulado la hipótesis de que el reforzamiento social tiene una influencia más directa sobre el sujeto que los instrumentos físicos, pues es probable que el individuo sea menos consciente de la acción de los reforzadores sociales. Por tal motivo, creemos que se encuentra más dispuesto a responder a estos últimos.

Es en el campo de la psicoterapia en donde se han presentado primero los problemas referentes a las *implicaciones éticas y morales* del control de la conducta. La psicoterapia constituye una de las aplicaciones más directas de los descubrimientos efectuados en el área del control conductual (Krasner, 1961). En ella, un individuo, profesionalmente entrenado, se vale de diversas técnicas para cambiar, modificar o dirigir la conducta de otra persona. Difiere del lavado cerebral solo en que el paciente está de acuerdo en ser objeto de manipulaciones. El punto de vista de que el terapeuta es un manipulador de la conducta ha dado origen a la considerable oposición proveniente de muchos otros terapeutas, quienes niegan estar inmiscuidos en dicho control. Tal vez sea Rogers quien mejor ha expresado esa oposición, tanto en el debate que tuvo con Skinner (Rogers y Skinner, 1956)¹ como en su artículo: "La ciencia o las personas" (1955). En este último, hace una advertencia sobre el peligro que trae consigo el control, y deplora la tendencia hacia la manipulación social implícita en los resultados de los estudios que discute en la parte medular de ese mismo trabajo. Concibe la terapia como un proceso; y dice de ella que "se trata de una experiencia intensamente personal, altamente subjetiva en su naturaleza y que depende, enteramente, de la relación que establecen dos individuos, cada uno de los cuales es el medio en el que se dan esas experiencias". Rogers afirma que:

"Los terapeutas reconocen —la mayor parte de las veces intuitivamente— que cualquier adelanto en la terapia, cualquier nuevo conocimiento, cualquier nueva hipótesis de carácter significativo, debe provenir de la experiencia tanto de los terapeutas como de los clientes, pero nunca de la propia ciencia."

Rogers cree que la ciencia entraña el peligro de que sus conocimientos se empleen para manipular a las personas. Cita como ejemplo los intentos por aplicar las leyes del aprendizaje al control de las personas a través de la publicidad y la propaganda. A *Walden Two* de Skinner (1948b) le llama el paraíso de los psicólogos.

"Un paraíso de la manipulación, en el que se reduce al mínimo el grado en que se puede ser una persona a menos que se pertenezca al consejo de gobierno."

Este punto de vista puede resumirse mejor, tal como lo hace el propio Rogers:

"Lo que haré con el conocimiento que el método científico me proporciona —ya sea que lo utilice para comprender, para facilitar, para enriquecer, para controlar, manipular o destruir— depende de una elección

¹ Páginas 525-552 de este volumen.